

la en la ancha corbata gris de nudo muy grueso, y hubiera jurado —antes de oírle hablar— que era argentino. Me abordó con énfasis protocolario que me hizo creerme persona importante, importantísima. Después, seguro de sí mismo, francamente satisfecho de haberse escuchado, el caballero pidió:

—Sea usted tan amable y entregue esta tarjetita en la dirección indicada. Van mis saludos. Por supuesto, como periodista le interesará mucho. Le servirá grandemente en los Estados Unidos...

—Pero, señor, si no vamos a los Estados Unidos...

—Nunca se sabe dónde se va. Se sabe que se parte y nada más. A veces, ni eso; créame, joven.

Me alargó la tarjeta. Creí que sus ojos brillaban extrañamente. Por si acaso, cogí la tarjeta.

—Pues nada, descuide usted, que si tengo ocasión lo haré encantado.

—Muchas gracias. Esté seguro de que a mí me hace un favor, y usted puede apuntarse un tanto en la carrera.

Me llamaron desde el coche.

—Venga, Rafael, date prisa, que es tarde...

Subí apresuradamente. Alcancé a ver el sombrero que el caballero del hongo me dedicaba. Era un sombrero a la Reina Victoria en el día de su jubileo. No se qué demonios me preguntaron, y con la conversación se me fué de la memoria el caballero de la tarjeta. Pero al llegar al muelle me la encontré en la mano. Distraidamente la eché un vistazo. Estuve a punto de caer desvanecido. La dirección indicaba:

«Rita Hayworth. 1438 North Gower Etree, Hollywood 28».

